

De pronto vió venir hacia él en dirección contraria, surcando los aires, una caja de difunto. El joven mampostero quedó atónito, paralizado. Un cierto temblor se apoderó de sus piernas; no podía seguir andando. Tenía miedo. Se restregó los ojos; pero la caja de muerto aparecía y desaparecía a distancia y a intervalos. El no fue nunca un ser miedoso; jamás creyó en brujas. Se sobrepuso; pero la macabra visión persistía ante sus ojos bien abiertos. ¿Cómo era posible tal misterio?

Por fin vió en una vuelta del atajo, iluminada sin sombras, que bajo el féretro marchaba a la par un hombre. Distinguió seguidamente la figura inconfundible de Silvestre, el sepulturero de Valleseco.

Se encontraron al fin juntos en un recodo. Todo quedó aclarado. Ambos se saludaron y se detuvieron a descansar.

Silvestre llevaba sobre su corcobada espalda la caja sujeta con una soga. Mi amigo le ayudó a desatar la cuerda. Fumaron un cigarrillo virginio. Y Silvestre explicó entonces que el carpintero de Valleseco le pagaba un duro por llevar el ataúd para un muerto de Valsendero que debía ser enterrado en ese día. No faltará quien piense que un duro suponía una miseria para pagar tan penoso acarreo; ese lector debe considerar, sin embargo, que el valor de un duro de aquellos días era superior al valor adquisitivo de cien pesetas de hoy. Ahora bien, en lo que a mi juicio concierne, pienso que, conociendo el lugar y el recorrido, tal esfuerzo es inponderable e impagable. Y es que sólo tiene una explicación tal acarreo a hombros: la existencia única de una criatura de tan difícil biografía que se llamó Silvestre, como pudo haberse nombrado Quasimodo.

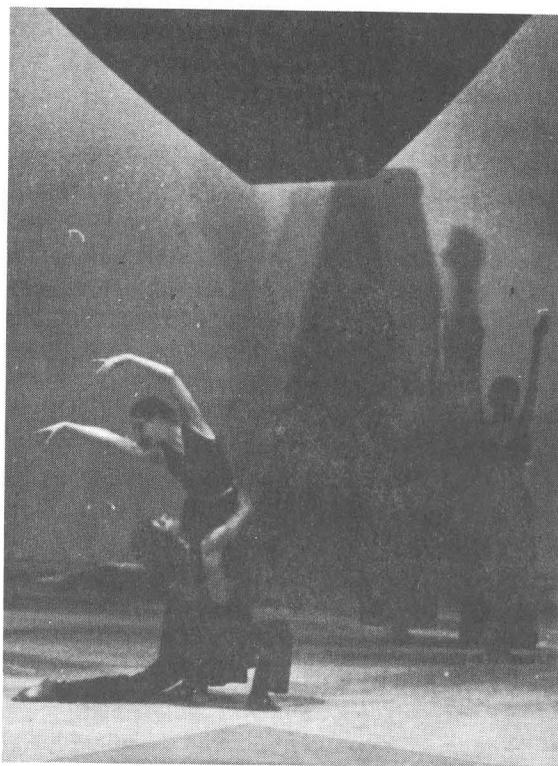
Te aseguro, lector amigo, que no hay en este relato mentira ni exageración alguna. Por el contrario, adolecerá de un tono literariamente imaginativo, el cual en modesta dosis se hace necesario. Lo he redactado con la misma sencillez que la realidad dicta; sin lirismo. Pero tal vez pueda servirnos para explicarnos por qué algunas grandes mentiras se tienen por verdades.

MARIO PONS CABRAL



BALLET DE LAS PALMAS

BOLERO



En la insistencia rítmica del "Bolero" de Ravel brota la revelación de la coreografía -austera al principio, delirante después- creada por Gelu Barbu para su Ballet Las Palmas; brota dentro de una verticalidad geométrica insinuando desde casi un estatismo de oscura silueta, una dinámica balletiana que va afirmando su carácter sensual a medida que los pulsos de los cambios de color y tímbricos, se van generando a lo largo del desarrollo musical. Entonces la unidad de la danza se fragmenta, evoluciona en distintos planos expresivos en la insistencia envolvente del ritmo y se enriquece -ahora en ondulaciones profundas de la curva- de las incitaciones monocordes de una melodía que, esquemáticamente, se repite en sí misma, pero que en realidad se va adensando y esmaltando con las distintas voces instrumentales que se suman en transparencias y yuxtaposiciones sonoras. Y de pronto surge esa pareja en contrapunto con el grupo para poner el acento apasionado y apasionante en la urdimbre del ritmo, para crear una egónica del movimiento visual en la substancia musical del bolero; una imagen que se hace atracción casi drama, búsqueda amorosa en la intensidad de la sonoridad fascinante raveliana. Los brazos, al fin, se alzan impetuosos: los amantes son izados al aire, separados, perseguidos... Y el delirio se hace apoteosis. Luego, oscuridad completa.